

ÍNDICE

Libro I. Extremadura

Generalidades	11
Ruta LIV. De Badajoz a Lisboa	29
Ruta LV. De Badajoz a Madrid	33
Ruta LVI. Excursión a Almadén por Logrosán y Guadalupe	49
Ruta LV (continuación). Almaraz y Talavera de la Reina	55
Ruta LVII. De Mérida a Plasencia	65
Ruta LVIII. De Plasencia a Trujillo	77
Ruta LIX. De Plasencia a Talavera de la Reina	79
Ruta LX. De Plasencia a Salamanca	85
Ruta LXI. De Plasencia a Ciudad Rodrigo	87

Libro II. León

Generalidades	95
Ruta LXII. Excursión desde Ciudad Rodrigo	107
Ruta LXIII. De Ciudad Rodrigo a Salamanca	111
Ruta LXIV. De Salamanca a Madrid por Peñaranda	139
Ruta LXVI. De Salamanca a Madrid por Valladolid	141
Ruta LXVII. De Salamanca a Madrid por Ávila	143
Ruta LXVIII. De Salamanca a Lugo	145
Ruta LXIX. De Benavente a Orense	167
Excursiones por El Bierzo	171
Ruta LXX. De Ponferrada a Orense	175
Conventos de El Bierzo	177
Ruta LXXI. De Astorga a León	179
Ruta LXXII. De León a Benavente	193
Ruta LXXII. De León a Palencia	195

Ruta LXXIII. De León a Sahagún y Burgos	197
Ruta LXXIV. De León a Valladolid	201
Ruta LXXV. De Río Seco a Valladolid	207
Ruta LXXVI. De Valladolid a Santander	239
Ruta LXXVII. De Valladolid a Burgos	243
Ruta LXXVIII. De Valladolid a Madrid	245
Ruta LXXIX. De Valladolid a Madrid por Segovia	247
Ruta LXXIX. De Valladolid a Madrid por Cuéllar y Segovia	249

Libro I

EXTREMADURA

Las principales atracciones de esta provincia, tan poco visitada, son los campos de batalla de Badajoz, Arroyomolinos y Almaraz; las antigüedades romanas de Mérida, Alcántara, Coria y Capara; la geología de Logrosán; los conventos de Guadalupe, San Yuste, el magnífico valle de las Batuecas y el paisaje de Plasencia. La primavera y el otoño son las mejores estaciones para viajar por estas tierras. La comarca entre Sevilla y Badajoz ha sido ya descrita en las rutas IX y X.

La provincia de Extremadura se llamó así en el sentido de *extrema ora*, pues fue la última y, por tanto, “extrema” conquista del rey Alfonso IX, en el año 1228. Está situada al oeste de las Castillas, a lo largo de la frontera portuguesa. La longitud media es de ciento noventa millas y la anchura de noventa. Los ríos Tajo y Guadiana, fluyendo de este a oeste, dividen la provincia; el primero, cruzando Extremadura Alta, o superior, el segundo cruzando la Extremadura Baja, o inferior. La provincia superior es una continua capa de pizarra intercalada con yacimientos de cuarcita fina y de granito. En ambas vastas partes de la provincia, fértiles en sí, y dotadas de benéfico clima, hay grandes terrenos abandonados a las ovejas o convertidas en páramos desiertos y cubiertos de cergazo, aunque allí podría sembrarse óptimo trigo en grandes cantidades, y en tiempos romanos y árabes la provincia fue granero y vergel. Los gitanos todavía la llaman *chin del manro*, es decir “la tierra del grano” y, dondequiera que se la riegue y cultive, se producen cosechas de trigo y excelente vino, y aceite en cantidades considerables. Los solitarios despoblados y dehesas, como tierras de Berberia y Andalucía, que ya hemos descrito en esta obra, son verdaderos paraísos para el botánico y el deportista; nada hay tan llamativo como el olor y la temperatura, que es como de invernadero, o el exótico aspecto de los aromáticos arbustos y malas hierbas: todo ostenta el exuberante vigor del suelo, rebosante de vida y alimento y, en cierto modo, como abandonado a fuerza de pura abundancia. La ribera cenagosa del Guadiana ofrece buena promesa de aves de caza en invierno, pero en verano es malsana y está infestada de fiebre y paludismo, mientras los supervivientes

de ambas amenazas se exponen a ser devorados por mosquitos y otra infantería ligera del aire y la tierra.

En contraste con la población animal de esta tierra, la humana, reina de la creación, es más bien rara. La población de Extremadura es de unas seiscientas mil almas, lo que apenas equivale a trescientas cincuenta por milla cuadrada. Los extremeños viven en su aislada provincia como los murcianos, sin casi comunicación con el resto de la humanidad; aquí, los obstáculos morales y materiales que encuentra la prosperidad de España son tristemente patentes: ignorancia, indolencia e inseguridad, combinadas con la pobreza y la ausencia de minifundios; allí vemos en igual medida la falta de capital fijo por parte del terrateniente y de capital circulante por la del arrendatario. La población, atrasada, se muestra indiferente incluso a cualquier mejora; la obligación de pagar impuestos casi según los medios de pago quita a la gente cualquier interés por progresar; a ellos les basta con subsistir, con falta de incentivo para acumular o siquiera mejorar algo. La población, empleada a medias, vegeta sin manufacturas o comercio, excepto por lo que se refiere a la producción de tocino, que es activa y fuente única de la poca riqueza que hay allí; todo el tráfico en otras cuestiones es puramente pasivo, a excepción del contrabando. Cada familia produce toscamente lo justo para sus necesidades más exiguas, y así siguen, de padre a hijo, en una rutina oriental; les espanta cualquier cambio, sabiendo por larga experiencia que generalmente es a peor y, de tal manera, aguantan y aguantan, resignados a los males a los que ya están habituados, mejor que arriesgarse a la incertidumbre de un bien inseguro, exclamando eso de *más vale el mal conocido que el bien a conocer*; de tal modo, su presente mal, no el bien, es *l'ennemi du mieux*, y milita contra cualesquiera esfuerzos para mejorar su situación.

Sus ciudades son pocas y aburridas; sus caminos, son las ovejas, no los hombres, quienes los hacen, y sus posadas son más bien establos para bestias. Los extremeños, a quienes los estudiosos de las razas humanas tienen por descendientes de los colonos romanos, son gente sencilla, de buen corazón y contentadiza, para quienes la ignorancia es sinónimo de felicidad; para ellos lo mejor es disfrutar de una adormilada ausencia del más escueto bienestar, e incluso de lo más necesario, sin afares e inquietudes y excesivos esfuerzos por prosperar, pues “salir adelante” a ellos les parece sinónimo de riqueza e inteligencia más que de simple felicidad animal. Los extremeños son notablemente urbanos y corteses, sobre todo con los forasteros que van de paso por su tierra, y constituyen una mezcla de alegres y altivos andaluces y de serios y orgullosos castellanos. Sin embargo, como ocurre en Oriente, donde se estudia y ejerce la filosofía de la indolencia, los extremeños, cuando sienten el acicate de un estímulo adecuado: por ejemplo, la avaricia, son capaces de grande y

esforzada actividad. Así es como, de entre las piaras de Trujillo y Medellín, salieron Pizarro y Cortés, dispuestos a conquistar y asesinar a miríadas de personas, y salieron también miles de sus paisanos, que, atraídos por su éxito, y por visiones de oro rojo, emigraron a esa tierra conquistada, de la misma manera que los míseros árabes y bereberes abandonaron Siria y África en el siglo XIII para correr a España. Los escritores españoles, no osando insinuar la verdad, han achacado la situación de despoblación de Extremadura a esta fuga masiva de gente; pero no cabe la menor duda de que la colonización de otras tierras nunca despuebla a una madre patria vigorosa y bien tutelada. El mal gobierno, tanto civil como religioso, fue la verdadera causa de esta abominación de desolación, que resulta patente a la vista de cuantos vayan ahora por Extremadura; pero este pueblo siempre está dispuesto a buscar justificación exterior para fracasos que en realidad son consecuencia necesaria de causas internas.

La mesta es una maldición especial que se le ha añadido a Extremadura. Es un sistema de ovejas merinas llamadas trashumantes, que es como decir migratorias; son verdaderos rebaños de beduinos nómadas, y el vagar por doquier, sin hogar o casa u obstáculo de índole alguna, se acomoda por igual a las costumbres de los orientales, sean personas o animales. El origen de la mesta se explica de la siguiente manera: cuando los españoles de fines del siglo XIII expulsaron de esas comarcas a los laboriosos moros, arrasaron las ciudades y devastaron la tierra, mientras los habitantes que sobrevivieron eran esclavizados. De esta forma, se pacificó la comarca, convirtiéndola en un desierto. Extensas zonas antes cultivadas fueron abandonadas, y la naturaleza, que allí es prolífica, no tardó en borrar las huellas humanas y reafirmar sus derechos, cubriendo la tierra de hierbas aromáticas y entregándosela a las aves y las bestias salvajes. Tales fueron las talas, palabra, por cierto, que es árabe pura: *talah*, y significa muerte o exterminio; sabido es que donde ponen el pie los ejércitos orientales todo queda como después de herirlo un rayo, y la hierba ya no vuelve a crecer. Los soldados vencedores, ignorantes e indolentes, solamente volvieron a cultivar una pequeña parte de la comarca; y la nueva población, a pesar de ser escasa, fue casi barrida por la plaga en el año 1348, como consecuencia de lo cual, zonas enteras quedaron sin propietario que las reclamase, y recibieron el nombre de baldíos, palabra verdaderamente mora, pues *batele* en árabe significa “sin valor”, y de él proviene la expresión española *de balde*, con el sentido de tierra que queda sin cultivar.* Estos pastos incultivados e inhabitados acabaron por llamar la atención

* El Capitán Widdrington (I, 427) ha arrojado luz sobre el sistema general de los pastos comunes españoles. Para él, esta costumbre comenzó con los visigodos, y piensa que son una de las muchas causas de la situación, lamentablemente retrógrada, en que aún se halla la agricultura española.

de los pastores de las tierras altas de León, Segovia y Molina de Aragón, que llevaron a ellos a sus rebaños por ser más suave su clima invernal. Y fue así como, poco a poco, se pudo establecer un derecho prescriptivo de adyacencia o pasto común sobre esos pastizales, los cuales acabaron por verse retazados, o sea, puestos aparte y repartidos. Esta costumbre de alimentar a los rebaños a expensas de otros coincidía de maravilla con la predilección nacional por los derechos propios sin tener en cuenta los ajenos, y la lana rendía altos beneficios y llevaba largo tiempo siendo uno de los principales productos españoles; era natural, por lo tanto, que los rebaños creciesen considerablemente y, con ellos, las intrusiones. Como los propietarios eran nobles y conventos poderosos, los pobres campesinos se oponían en vano a tales abusos; y por mucho que los economistas españoles censuren este sistema, lo cierto es que resulta más que probable el que, aun cuando tan lucrativa arbitrariedad hubiese sido abolida, los campos de Extremadura seguirían siendo actualmente dehesas y jarales, como aún ocurre con extensas zonas de Andalucía.

A medida que la población de Extremadura iba creciendo, surgió una infinidad de querellas entre los pastores trashumantes y los agricultores permanentes, hasta 1556, cuando se llegó a un acuerdo según el cual los privilegios de unos pocos propietarios de ovejas, como en el caso de las leyes venatorias de los barones normandos de Inglaterra, fueron suficiente para condenar a la esterilidad, según afirman los críticos del sistema, a la totalidad de algunas de las comarcas más valiosas de España. La mesta fue abolida por las Cortes de Cádiz, pero restablecida por Fernando VII en 1814, junto con la Inquisición, y este fue casi el primer acto de tan amado Borbón al ser restablecido en el trono: como los demás de esta familia, Fernando volvía a su patria sin haber aprendido nada ni olvidado nada. Los terratenientes se dan cuenta ahora de lo malo que es tal sistema, y están reduciendo poco a poco algunos de estos excesivos abusos. La palabra *merino* se deriva de *marino*, por haber sido esta raza pecorina traída de Inglaterra en tiempos de nuestro rey Enrique II. Había ovejas en la primitiva dote *-pecus unde pecunia-* dada en 1394 por Juan de Gante a su hija cuando esta se casó con el heredero de Enrique III de Castilla. Anteriormente, sin embargo, las lanas de Bética eran ya famosísimas, y un carnero llegaba a costar un talento (Estrabón, III, 213), pero es indudable que la raza mejoró gracias al cruce inglés. Las ovejas (del árabe *ganam*, ganado) reciben el nombre de trashumantes por causa del terreno que recorren. En otros tiempos pasaban de cuatro millones: y así vemos que, antes de la reciente guerra y de las dificultades consiguientes, el duque del Infantado poseía treinta mil ovejas, y el convento de El Paular otras tantas. Estos rebaños se dividen en destacamentos llamados cabañas (palabra que en árabe significa tienda), de diez

mil animales cada uno, y estos son los ejércitos que don Quijote atacó, como Ajax. Descienden de sus cuarteles de verano de las tierras altas, agostaderos, hacia octubre, y bajan a los de invierno, invernaderos, situados en las llanuras templadas. Cada cabaña está bajo la égida de un mayoral, que tiene bajo su mando a cincuenta pastores y cincuenta enormes perros. Algunos recorren más de ciento cincuenta leguas, a razón de entre dos y cuatro diarias, y con un total de cuarenta días de recorrido. Para congregarse y reducir a las ovejas disponen de redes de esparto, y el espectáculo, llamado “vigilar de noche a las ovejas”, es muy pintoresco y oriental. Las leyes de la mesta exigen que el merino mayor sea el rey, y sus lugartenientes, verdaderos lobos con piel de merino, fuerzan a los terratenientes locales a dejar una cañada de paso, o sea: paso libre para las ovejas, de noventa pies de anchura a cada lado del camino mayor, cosa esta que imposibilita todo intento sensato de labranza de la tierra. Los animales no tardan en conocer sus cuarteles, y vuelven a ellos año tras año por sus propias patas. Este instinto migratorio les desasosiega en abril y, si nadie les guía a esos lugares, ellos mismos emprenden solos el camino hacia las frescas colinas. Cuando pisan ese terreno, se deposita sal sobre piedras planas a razón de una fanega por cada cien ovejas, y estas lamen la sal con verdadera ansia, lo cual les aviva el apetito. Se las trasquila hacia mayo: la *esquila*, como se llama esta operación, se realiza con gran esmero, y es tiempo de festejos primitivos y orientales. Las ovejas que emigran tienen la lana más fina, mientras que las que se quedan en casa producen una lana más áspera, lana basta. Los carneros son los que más producen: tres vellones, con un peso total de unas veinticinco libras. Los nombres de estos animales son tan numerosos como los de los cerdos irlandeses, y también cambian con la edad: por ejemplo, las crías se llaman corderos; los de dos años, borros; los de tres, andruscos; los de cuatro, tras-andruscos. Sus edades se calculan por el número de dientes o palas; al quinto año se les llama cerrados, y a partir de entonces reviejos e inútiles. Los carneros pierden sus dientes a los ocho años y las borregas a los cinco. En septiembre los rebaños son almagrados, o sea, embadurnados con tierra roja sacada de Almarrazón, con la cual se refina su lana. Para mantener la calidad del animal, se pone gran cuidado en seleccionar carneros de tripa bien redonda y lana blanca y suave, y borregas de cara despejada y delicada, y las preferidas son las calvitas. Las borregas son presentadas a los carneros, moruecos, hacia fines de junio, y entonces, con seis carneros hay suficiente para cien borregas: carneros y borregas siguen juntos durante un mes. Los corderitos nacen en los cuarteles de invierno del rebaño: marzo es un mes muy ajetreado para los pastores, pues es entonces cuando tienen que marcar a los rebaños, cortarles la cola a los corderitos y enromar los cuernos de sus padres. Las ovejas están siempre en

movimiento, buscando hierba, que escasea, y no comen nunca tomillo que, en cambio, abunda pero que se deja para las abejas salvajes. No se les da de comer hasta que el rocío se seque, ni de beber después de las granizadas. La carne es mala, porque a ningún extremeño se le ha ocurrido jamás poner vellón de merino en un cuerpo pecorino de Southdown y, por cuidadosos que sean con la carne de cerdo, la de cordero la toman tal y como Dios la hizo. Los pastores son meros zopencos, ni más ni menos que los animales entre los cuales viven y con cuyas pieles se visten. Dan el mentís a los ambientes pastorales donde los sentimientos de la civilización suenan hasta en las bocas de los patanes más embrutecidos. Nunca viven en ciudades, rarísimas veces se casan, no aportando, por tanto, en modo alguno al aumento de la población, a pesar de la falta que tal aumento hace, ni a ninguna de las artes que refinan el carácter humano. Cuando no están dormidos o comiendo, se limitan a estarse quietos, inmóviles, y tan entontecidos como sus ovejas, apoyándose sobre sus cayados, y buenos únicamente para proveer a los pintores con figuras de primer término o dar colorido a los estrofas de los poetas. Únicamente hablan de carneros y borregas, y conocen a cada uno de sus animales, aunque los corderitos, como los bebés, parezcan todos iguales a cualquiera que no sea su niñera; y los animales, a su vez, les conocen a ellos: todo lo cual es muy oriental, y entre los españoles esta inane vocación y distracción, como también el trabajo del adhesamiento en general, tienden a ser preferidos a la simple labranza de la tierra, que requiere residencia fija, previsión, cierta maquinaria o enseres, y mucho trabajo físico. En cambio, en la tarea pastoral es la naturaleza misma la que aporta la hierba fresca y se ocupa de todo el trabajo; de modo que no es de extrañar que cuidar del ganado sea el placer favorito del itinerante, ya viva en las dehesas de España o en Bedowi de Arabia. Por lo que se refiere a la mesta, consúltese *Concejo de la Mesta*, folio, Madrid, 1681, que da con todo detalle los privilegios que tan justamente ha condenado Jovellanos; véase también Bowles, *Sobre el ganado merino*, página 150; y el *Viaje* de Ponz (Carta VII). Sir Joseph Banks escribió en 1809 una *Memoria* sobre estos merinos.

Segundos en importancia a las ovejas son los cerdos de Extremadura, y también en este caso es la naturaleza la que presta su ayuda, pues son vastos los trechos deshabitados y abandonados de Extremadura que están cubiertos de robles, alcornoques, hayas y castaños. Estos paisajes, que son como parques, carecen de atractivos a ojos de los indígenas, para quienes, de cualquier paisaje, por pintoresco que sea, lo único que les interesa es el número de cerdos que pueden vivir de sus castañas y bellotas. Los jamones, el tocino (del árabe *tachim*, grasa) y los embutidos de esta provincia han sido siempre muy celebrados, y merecidamente: *περνη διαφορη* es el elogio clásico. Lope de Vega, según su

biógrafo Montalbán, jamás supo escribir poesía sin el incentivo de una loncha, magra o torrezno. “Todo es cosa vil”, decía, “adonde falta un perril”. Esta palabra es la perna con la que también Horacio restauraba sus energías (“S.”, II, 4, 61): pero Anacreonte, como vinoso griego que era, prefería buscar la inspiración en el contenido de un pellejo de piel de cerdo que en el cerdo mismo. En fin, sea ello lo que fuere, el caso es que la matanza, o hecatombe de cerdos, tiene lugar entre el diez y el once de noviembre, en el día de su santo especial, san Andrés, por eso de que *a cada puerco, su San Martín*, y para entonces ya los animalitos han sido bien cebados a fuerza de dulce bellota, que en árabe es *bellota bollot*. *Belot belotin* es la palabra bíblica tanto para el árbol como para su fruto, el cual, con agua, constituía el régimen alimenticio primitivo de los iberos (Tibulo, II, 3, 71). El pan también se hacía con ese fruto, cuando estaba seco y molido (Estrabón, III, 223). Cuando está fresca la bellota se servía en la cena como segundo plato (Plinio, *Historia Natural*, XVI, 5). La mujer de Sancho Panza se mostró, por tanto, muy clásica cuando envió bellotas a la duquesa. Actualmente, los principales consumidores de bellotas son los jóvenes extremeños y los cerdos; estos últimos son enviados en legión desde las aldeas, las cuales más bien merecerían el nombre de coaliciones de pocilgas: los cerdos vuelven del bosque de noche –*glande sues laeti redeunt*– y por sus propias patitas, como el ganado de Juno (Livio, XXIV, 3). Cuando entran en el pueblecito, todos ellos se lanzan al galope, en frenética búsqueda de sus casas, a las cuales vuelven todos y cada uno de ellos, sin equivocarse jamás; y una vez llegado a casa, el viajero recibe bienvenida de hijo pródigo o de padre casero. Estos cerdos son los animales domésticos de los campesinos, y se les cría con los hijos de la casa y, como en Irlanda, participan de la incomodidad doméstica de esas chozas; son objeto del respeto general, lo cual no deja de ser justo, por ser este animal –*propter convivium natum*– el que paga el alquiler. El hombre extremeño no es más, en realidad, que una formación secundaria, algo creado para cuidar de las pjaras, las mismas pjaras que otrora vivieran tan felizmente como viven ahora los dignatarios catedralicios de Toledo, con la ventaja extra de que, cuando mueren, valen más que estos.

Las cantidades de chorizo y pimentón que se comen en Extremadura producen el carbunco. Por lo que se refiere a ciertas observaciones sobre la ortodoxia del tocino y de que es el *sine qua non* de los sermones y las ollas nacionales. Los españoles, sin embargo, aunque tremendos comilones de la carne del cerdo, bien sea salada o fresca, sienten plenamente el odio oriental a este animal impuro en sentido abstracto. Decir de algo que es “muy puerco” (como el *haluf* musulmán) es la expresión más insultante para cuanto es sucísimo, asqueroso o repulsivo. Decir de alguien que es “muy cochino”, es imperdonable si se refiere a una mujer. Equivale al cumplido que supone el femenino canino referido al bello

sexo en Billingsgate, por más que el tal epíteto no aluda a la pureza moral o a la castidad. Montánchez es el principal lugar de Extremadura para el comercio de jamón y tocino y, por consiguiente, es preciso mencionar este lugar siempre que se trate de elucidar el precio vigente, etcétera.

Tanto la geología como la botánica de esta provincia son poco conocidas. Extremadura, según dice el capitán Widdrington, que es quien mejor la describe, es el territorio a donde los ignorantes profesores españoles relegan el hábitat de todos los animales desconocidos: *Omne ignotum pro Estremense*; los insectos y los animales salvajes viven en idéntica seguridad en sus montes dehesas y jarales, donde ningún entomólogo o deportista se ocupa de acabar con ellos. De esta forma, la langosta y toda la sonora tribu de las cigarras pueden dar vida a estas soledades con sus júbilos de celo, en la medida en que quepa calificar de tales sus chirridos, “canta la chicharra”, es sinónimo en español de nuestra expresión “los días del can”, o sea, la canícula. Estas chillonas cigarras, para las que la vida es un largo día estival de canciones, se esconden en los olivos despojados de su fruto, desde donde se las oye, pero sin verlas: *vax*, como Lipsio dice del ruiñeñor, *et praeterea nihil*. Se afirma que es solo el macho el que hace esos ruidos; y, según los poetas, cuya veracidad no garantizamos,

La chirriante cigarra (macho) lleva una alegre vida
y canta y canta porque su esposa es muda.

Al español, como a los antiguos, le encanta el grillo. Lo primero que Sancho da su hijo es una jaula de grillos, y los grandes grillos negros se venden en los mercados en pequeñas jaulas de alambre: uno de estos insectos salvó a Cabeza de Vaca cuando navegaba hacia el Brasil. Y es que el insecto, que había sido comprado por un marinero, guardaba silencio mientras iban por alta mar, pero se puso de pronto a chirriar como un loco en cuanto intuyó la cercanía de rocas; las cuales, al oírle los marinos y ordenarse vigilancia en el barco, fueron, efectivamente, descubiertas muy cerca. La cigarra es para Extremadura lo mismo que era para Ática el saltamontes autóctono, o sea, un indígena. El instinto enseña a su hembra a no dejar jamás sus huevos por tierra que haya sido cultivada. Sus alas, vivas y delicadas, y de un suave tono rosa, parecen pintadas por el mismísimo sol, y susurran como hojas secas. Los árabes creen saber leer sus fibras transparentes como si fueran letras, y afirman que dicen: “Somos el destructor ejército de Alá”. Su paso, para usar las comparaciones que hacen de ellas Byron y Scott, es el paso “de la hueste cigarral de la Galia”, devorando cuanto hay sobre la tierra; “un jardín del Edén yace antes ellas, y a su espalda no queda más que un páramo desolado”. Y, después de haber desgarrado, de

esta manera en vida la faz de la tierra, con sus cuerpos muertos envenenan el aire. Bowles ha descrito detalladamente algunas de sus costumbres. Los padres mueren después de la fecundación y la incubación; destruyen más vegetación de la que consumen, devorando cada brizna de verde hierba, excepto el rojo tomate, lo cual, por cierto, es providencial, pues los españoles casi viven de él. El español, por esta causa, nunca come cigarras, al contrario que los moros actuales, que se vengan de ellas comiéndolas, sobre todo la hembra cuando está llena de huevos; las preparan, o bien hervidas en agua salada o en salmuera. Es esta una antigua golosina árabe, y los judíos consideraban a la cigarra “carne pura” (Levítico, XI, 22). Su sabor se parece al de las gambas de mala calidad. Muchos piensan que eran estos los insectos de que se alimentaba san Juan Bautista (San Mateo, III, 4). El español prefiere el algarrobo, llamado en inglés “árbol de cigarra”, cuyas vainas y cáscaras llenan la tripa del cerdo y las de los hijos pródigos de Valencia.

Los cerdos de Extremadura, sin embargo, comen tanto la cigarra como la vaina del árbol de cigarra. Sus amos declaran la guerra a su alado enemigo acosándolo para hacerle entrar en trincheras donde luego lo queman a montones. A veces, el cura de la localidad saca una reliquia que espanta a las hordas invasoras, echándolas a la parroquia contigua, y así, de parroquia en parroquia, *usque in partibus infidelium*. De la misma manera, la humedad destruye la materia viscosa en que se envuelven los huevos de la cigarra y, como es necesario calor para incubarlos, las secas llanuras extremeñas son naturales criaderos de estos insectos, sin apenas agricultura que moleste los huevos.

En Extremadura abundan aves de presa de todas clase; y en verano las tórtolas llegan en bandadas del norte de África para criar en esa tierra, y como allí nunca las molesta nadie, apenas evitan la cercanía del ser humano, sino que zurean en parejas, verdadera imagen de felicidad conyugal: se posan en los olivos silvestres, como la tórtola que Noé envió después de que el diluvio universal cesase. Estas son las palomas de Occidente, *al-garb*, que llevaron ambrosía a Júpiter (Ovidio, “M.”, 63), y que se retiraron a África para visitar el templo de Venus. Son, ciertamente, muy bonitas, y aportan tan admirables parangones que nadie que ame la poesía con toda su alma sería capaz de hacer empanadas con la carne de estos bellos pichones. Entre las otras aves de esta comarca, cabe mencionar la que en inglés llamamos “urraca azul” (*Pica cyanea*), en español *mohiño*; el abejaruco (*Meriops apiaster*); y la abubilla (*Upupa*).

La entomología de Extremadura no tiene fin y está todavía completamente por investigar: *De minimis non curat Hispanus*; pero los cielos y la tierra abundan en toda clase de diminuta creación, y en esos solitarios páramos, donde ninguna voz humana turba el silencio, el aromático aire retumba con el zumbador

charloteo de multitudinarios insectos, que corren como locos a sus asuntos de amor o alimento sin necesidad de asentamientos o cocinas, disfrutando del bello tiempo, del gozo de sus diminutas almas y de su efímera, pero agradable existencia. Estas cuestiones, como también las ovejas, y los cerdos y las cigarras y las palomas, han sido ya mencionadas largamente, porque, durante horas, e incluso días, son lo único vivo que el viajero tiene la oportunidad de contemplar en estos despoblados. Se puede cabalgar durante leguas y leguas sin ver a un solo ser humano: de vez en cuando, ciertamente, se divisa a un hombre, pero es únicamente para hacer más patente lo raro que es aquí esta especie. Ya hemos dicho que en Extremadura el calor es muy grande en verano; los lugares más alejados solo es posible visitarlos a caballo. Y cuidado con no olvidar los víveres. Los caminos son solitarios y seguros, de modo que, no transitándolos nada más que ovejas, tampoco hay motivo para temer que los transiten salteadores. Los solaces o comodidades gratos al cuerpo son raros, excepto, únicamente, los porcinos. Las ciudades son pobres y hoscas. No hay más que un camino real, y va de Badajoz a Madrid. El mejor medio de transporte, por doquier en esta provincia, es el caballo; mejor dicho, el único; aténgase el lector, por tanto, a nuestras observaciones preliminares. Extremadura –y conste que hablamos por repetida observación personal– abunda en objetos de interés para el viajero, por más que hasta ahora haya estado muy abandonada, debido, más que nada, a que se encuentra alejada de la ruta habitual de quienes, como los gansos salvajes, van siempre siguiéndose unos a otros. Se proyecta, pero hasta ahora únicamente por escrito, tender líneas férreas a Madrid, Lisboa y Sevilla.

BADAJOZ

Badajoz es la capital de esta provincia. La mejor fonda es la de Las Tres Naciones, sita en el número 30 de la calle de la Moraleja. En la calle de la Soledad hay dos posadas, una es la del Caballo Blanco y la otra de Caballeros. Los mejores cafés son el de Los Dos Amigos, en la plaza y la lealtad, cerca del teatro.

Badajoz es sede de un obispo, sufragáneo del de Santiago, y residencia de un capitán general de la provincia. Como es fortaleza fronteriza, reina en ella mucho recelo hacia los extranjeros curiosos, y es aconsejable hacer una visita al capitán general y, si ello es posible, conseguir su permiso para fisgar por la ciudad con acompañante.

Esta fuerte ciudad se levanta a cosa de trescientos pies de altura sobre el Guadiana, cerca de la confluencia del riachuelo Rivillas. La parte más alta está coronada por un castillo moro en ruinas. Descienden hacia el río largas

murallas, mientras los más temibles bastiones, *glacis* y contraescarpas defienden el lado de tierra. La población es de unas doce mil almas. Es lugar aburrido, con un teatro de segunda clase y pocas atracciones sociales. Se cruza el río por un soberbio puente de granito, terminado de construir en el año 1596, sobre planos de Herrera. Está reforzado por una *tête du pont* y por las alturas fortificadas de San Cristóbal, que ofrecen, con mucho, las mejores vistas de Badajoz. El nombre de Badajoz es corrupción árabe del latino *Pax Augusta*, Πεξαυγουστα en griego (Estrabón, III, 225). Hay quienes dicen que en otros tiempos la ciudad se llamaba *Beturia*, y hacen derivar el nombre de Badajoz de *Beled Aix*, lo cual significa en árabe “tierra de la salud”, una salud que consiste en calenturas intermitentes o fiebres palúdicas; otros hay incluso que prefieren derivar el nombre de Badajoz de *Bab-geuz* o *goz*, lo que en árabe significaría, “puerta de nueces”, las cuales, por cierto, aquí no existen.

Los que no sientan interés por detalles de sitios o asedios harán mejor en saltar estas páginas. Al militar interesado en cosas bélicas, en cambio, quizás le convenga saber que Badajoz dista unas cinco millas de Portugal, y es, por lo tanto, importante plaza fronteriza. Alonso IX la conquistó a los moros en 1235. Los portugueses la sitiaron en 1660 y 1705. Kellermann y Víctor fracasaron ante sus murallas en 1808 y 1809. Cuando Bonaparte, en 1810, ordenó al mariscal Soult avanzar por Extremadura para ayudar a Massena en Torres Vedras, el Duque previó este avance y advirtió en vano a la Junta de que estuviese preparada. Ballesteros, como en broma, recibió orden de bajar al sur el mismo día en que Soult salía de Sevilla; después de esto, Olivenza hubo de rendirse sin luchar por decisión de su lamentable gobernador, Manuel Herk; pero Badajoz estaba al mando de Rafael Menacho, que era un valiente, y su fuerte guarnición recibió ayuda de un ejército mandado por Gabriel Mendizábal, quien, por desgracia, hizo caso omiso de todas las sugerencias que le hizo el Duque, con la consecuencia de que fue cogido por sorpresa, “en la plaza más fuerte de la comarca” por las fuerzas de Soult, quien, con quinientos hombres, derrotó por completo a once mil españoles en el Gévora. La batalla solamente duró una hora, y los franceses solo sufrieron cuatrocientas bajas. Como rasgo característico se podría mencionar que cuando se comunicó a Mendizábal la noticia de que Soult había tendido un puente sobre el Guadiana, él, que estaba jugando a las cartas, comentó: “¡Bueno, muy bien, pues mañana iremos a echar una ojeada!”, pero mañana, el eterno mañana, sorprendió al indolente y lo machacó, porque no se había ocupado de preparar su posición para atrincherarse en ella, aunque el Duque se lo le había recomendado repetidas veces. “Todo ello se habría podido evitar si los españoles hubieran sido cualquier otra cosa excepto españoles. Se oponen a cualquier medida que se tome para corregirles o salvarles y la hacen

ineficaz”. “La presunción, la ignorancia y la torpeza de esta gente es realmente increíble”. “No hicieron nada de cuanto se les ordenó, más bien, al revés, pues lo que hicieron fue justo lo contrario de lo que se les había dicho” (véase *Partes* vol. VII, *passim*). El día 4 de marzo, Menacho, lamentablemente, fue muerto, y le sucedió el traidor José Imaz, que rindió la plaza a Soult, quien, al ver las tremendas fortificaciones, parece ser que observó: “Pocas fortalezas hay tan fuertes, pero qué mula cargada de oro podría entrar en esta”. *Aurum per medios ire satellites*: nuestros ingeniosos vecinos, que con tanta gracia critican a *l’or de la perfide Albion*, nunca sienten escrúpulos, ni en paz ni en guerra, por lo que se refiere a atacar o reblandecer murallas con ese pico metálico, que nuestros gobernantes, bien por demasiado honrados, o porque no han leído a Horacio, omiten muy sistemáticamente utilizar.

La compra le fue otorgada y entregada a Soult el día diez, y en ella estaban incluidos la ciudad, los siete mil ciento cincuenta y cinco hombres de la guarnición, provisiones y bastiones intactos. Y eso que Imaz ya sabía perfectamente, incluso el día seis, que Massena estaba en plena retirada, y que Beresford, con veinte mil hombres, corría a reforzarle. Pero, en lugar de actuar de acuerdo con estas noticias, de las que Soult no estaba enterado, lo que hizo Imaz fue comunicárselas a los franceses, con lo cual les salvó de la destrucción y, lo que es peor, hizo esto precisamente cuando Lapeña estaba salvando a Víctor de la ignominia en Barrosa. Si Badajoz hubiera resistido, aunque no hubiese sido más que unos pocos días, los franceses no habrían tenido más remedio que evacuar Andalucía, y “nosotros”, como dijo el Duque, “habríamos salvado sin duda a España”. “Su caída fue, con toda certidumbre, el más fatal acontecimiento de esta guerra” (parte del 4 de diciembre de 1811).

El hecho mismo de que Soult pusiera sitio siquiera a Badajoz fue un error, lo que habría debido hacer Soult es marchar día y noche para acudir en ayuda de Massena en Torres Vedras, pero la envidia que sentía por su colega, mariscal como él, le indujo a demorarse a mitad del camino; y es evidente que, de haber sido Imaz leal, y de haber resistido Badajoz, Soult habría acabado tan mal como Massena.

En cuanto la fortaleza se hubo rendido a Soult, Beresford trató de recuperarla. Pero fracasó en este intento, por causa, como incluso el tolerante Duque dijo, “de su lamentable tardanza” (parte del 10 de abril de 1811); y cuando hubo dado a los franceses tiempo suficiente para impedir por completo su victoria, se arriesgó a la innecesaria batalla de Albuera, forzando así al Duque, como ha demostrado Napier, a pasar dos años más de aspérrimas operaciones militares.

El Duque decidió ahora tratar de hacer lo que le fuese posible en tal situación y, después de tomar Ciudad Rodrigo, hizo sus preparativos, y con tal secreto

que ni amigos ni enemigos pudieron adivinar sus planes. El 16 de marzo de 1812 atacó Badajoz, mientras Soult y Marmont estaban demasiado lejos para salir en su defensa. La plaza había sido muy reforzada y estaba defendida ahora por el valiente Philipon, con cinco mil hombres a sus órdenes. Su defensa fue magnífica; y ahora no había ningún Imaz traidor, pero “ninguna época”, dice Napier (xvi, 5) “vio jamás tropas más valientes que las que entonces atacaron Badajoz y la conquistaron”. Estas operaciones fueron tan delicadamente calculadas que Soult pensó que el Duque tuvo que haber interceptado algunos partes de Marmont. Empero, el Duque se vio forzado a perder once preciosos días por causa de un tiempo insólitamente desfavorable, y por la mala conducta de los portugueses; pues la ciudad de Elvas, aunque muy cercana, rehusó enviarle siquiera medios de transporte. De modo que los hombres y los elementos se opusieron conjuntamente a los planes del Duque; pero, como César en *Ilerda* (Lérida), él solo se bastó para estar a la altura de la situación, venciendo todos los obstáculos. Lo que dijo Voltaire de Marlborough se puede decir también de Wellington: “*Cet homme, qui n'ai jamais assiégé de ville qu'il n'ai prise, ni donné de bataille qu'il n'ait gagné*”; pero es que ambos pertenecen a esa raza incambiada e incambiable que produce Príncipes Negros y Nelsons, y que vence en Agincourts y en Trafalgares.

Las trincheras se abrieron ante Badajoz el 16 de marzo, y la obra defensiva exterior de Picuriña fue rematada heroicamente el día 24 por orden del general Kemp. Puro y simple valor inglés quedó solo ante el peligro en estos trabajos, pues, debido a la tremenda ineficiencia de nuestro ministerio en Londres, nuestro ejército, como dice el Duque, “no estaba en condiciones de llevar a cabo un sitio en toda regla”. Lo que hizo, según Picton, fue apelar a Badajoz, *in forma pauperis*, suplicando, no destruyendo; cada día que pasaba era precioso, pues Soult avanzaba desde Sevilla, Marmont desde Castilla; y, de esta forma, situado entre dos fuegos, el Duque vio que su presa le iba a ser arrancada de las manos antes de que ambos enemigos se juntasen. El 6 de abril se declararon practicables las brechas abiertas en los bastiones de Santa Trinidad y Santa María, al sudeste; y a las diez en punto de aquella misma noche se inició el ataque que tan bien describe Napier (xvi, 5); los obstáculos resultaron ser mucho más tremendos de lo que los ingenieros habían explicado, y no había fuerza humana capaz de vencerlos. Por desgracia, además, hubo que atrasar la hora fijada para el ataque, dando así al inteligente enemigo la oportunidad de preparar nuevas defensas: y las valientes tropas mandadas por Colville y Barnard fueron diezmadas por los franceses, que estaban seguros detrás de los nuevos atrincheramientos: hasta las escalas de los ingleses resultaron ser demasiado cortas para asaltar las fortificaciones enemigas; menos mal que,

entretanto, la quinta división, a las órdenes de Walker, consiguió penetrar en el bastión de San Vicente, que está cerca del río al oeste; y Picton, convirtiendo una finta en un verdadero ataque, conquistó el alto castillo situado al nordeste, que los franceses nunca pensaron que fuera a ser atacado, por lo que lo habían dejado relativamente indefenso. Fue de esta misma manera, exactamente, como la fuerte ciudadela de *Illiturgis* fue sorprendida y conquistada a los españoles por Escipión (Tito Livio, XXVIII, 20). Esto fue lo que decidió la batalla, pues los franceses, viéndose atacados de flanco y por delante, se vieron perdidos, y así es como cayó Badajoz en manos inglesas.

La ciudad, según es uso en la guerra y de los ataques a sangre y fuego, fue saqueada, aunque tanto los oficiales como el Duque hicieron cuanto estuvo en su mano para impedir excesos. El Duque mismo se vio obligado a retirarse para no ser muerto a tiros por sus propios, furiosos soldados. Estos tristes sucesos, tan deplorables como inevitables, son ahora equiparados por los que nos calumnian con los de San Sebastián, calificándolos de horrores que solamente una nación “bárbara e incivilizada” como la inglesa sería capaz de perpetrar; y, sin embargo, no se cometió en Badajoz una décima parte de las atrocidades de Lérida, Tarragona y otros lugares, ni hubo allí ningún Víctor británico que, como en Uclés, diera ejemplo de lujuria, incendiarismo y pillaje, y un largo etcétera.

Los ingleses, entre muertos y heridos, perdieron cinco mil hombres. Philipon se retiró a San Cristóbal, rindiéndose al día siguiente, y el Duque le trató con todo el honor debido a un valiente enemigo: los mariscales franceses, desconcertados y vencidos, no tenían ahora otro recurso que la retirada y Marmont se refugió en Salamanca, mientras Soult escapaba a Sevilla; fue entonces cuando Hill avanzó sobre Almaraz, destruyendo los fuertes y forzando al enemigo a huir ante él hasta Naval Moral. Una vez más las bayonetas inglesas habían despejado un camino hacia Andalucía, y el Duque se preparaba para arrojar a Soult a Albuera, donde, ciertamente, no le habría tratado *à la Beresford*; pero en ese momento, como suele ocurrir, sus planes se frustraron por culpa ajena. Ciudad Rodrigo no estaba abastecida, pues los españoles se habían olvidado de enviar allá las provisiones que les habían aportado los ingleses. Fue así como se privó al Duque de redondear su victoria, y fue así como Soult se salvó de nuevo.

El viajero debería cruzar a continuación el puente y subir al San Cristóbal, y luego volver a Badajoz y salir por la puerta de Mérida; delante está la Picuriña; y a la derecha están las canteras, donde se encontraba el Duque cuando fue objeto de un asesino atentado, afortunadamente fallido, durante el ataque a los bastiones de Santa María y Trinidad, que están enfrente; a la izquierda se levanta la sierra del Viento, las Pardeleras, desde donde atacó Soult; en el extremo oriental vemos San Vicente, por donde entró Walker; el viajero debería subir al

castillo, que es el solar de la ciudad antigua. En la plaza que se extiende abajo hay una mezcla de construcciones militares españolas y moras en ruinas; en el castillo se ve parte de la mezquita de arcadas rojas, que recuerda la de Córdoba; en la parte superior del torreón hay una torrecilla alta y delgada desde la que se disfruta de una vista de todo lo que fue la posición inglesa; las fortificaciones se encuentran ahora en mísero estado de abandono y dilapidación, y las tumbas de los bravos soldados ingleses están mancilladas por hierbajos.

La catedral no es importante. Fue comenzada en 1248, por Alonso el Sabio; la fachada es posterior a esa fecha, y su estilo es gregorromano, con pilares jónicos y una imagen de san Juan Bautista; en un portal lateral se ve, fijado sobre una losa de mármol, el martillo que solía usarse para anunciar la muerte de un canónigo, antes de que se introdujera el uso del toque de difuntos. Los antiguos, en tales ocasiones, lo que hacían era golpear calderas de latón para espantar a las furias, de la misma manera que ahora el toque de difuntos espanta a los demonios. Obsérvese la *Magdalena*, de Mateo Cerezo: aunque algo dura e indiferente, y aquí se le apoda Van Dyke. La capilla de Santa Ana tiene algunos cuadros estropeados de Luis de Morales, llamado El Divino, más por causa de sus pinturas de la divinidad que por la divinidad de su pintura, y hay una calle que lleva su nombre; Morales vivió aquí en 1581, cuando Felipe II, que iba camino de Lisboa, le mandó llamar y le dijo: “Sois muy viejo, Morales”, él respondió: “Y muy pobre, majestad”; ante lo cual, Felipe II, que era un verdadero protector de las artes, le concedió una pensión anual de trescientos ducados, de la que el pintor disfrutó hasta su muerte, la cual tuvo lugar en 1586. Pintó, sobre todo, al *Salvador coronado de espinas* y también *Madonnas* dolorosas; remataba bien sus obras, y fue como el *Parmigianino* de España, aunque más bien torpe en su dibujo, que tiende a la prolongación; además, es con frecuencia oscuro y frío de colorido. Pintó muchos lienzos de gran tamaño, los cuales, por hallarse a desmano, son muy poco conocidos. Los franceses se llevaron sus cuatro mejores cuadros de la catedral, y los que quedaron han sido repintados; obsérvese una *Crucifixión*, con un viejo que parece pintado por el *Parmigianino*. En el claustro de la catedral se pueden admirar algunos arcos muy singulares y pilares retorcidos.

En la parroquia de la Concepción hay un *Salvador con la Cruz*, retocado, y una bella *Virgen con el Niño*, pintada en 1546 por Morales: está muy estropeada; en el de San Agustín había otra de sus obras, y también una ridícula tumba del señor de Bai, que fue un general de Felipe V; la efigie del heroico finado parece un babuino con peluca.

Manuel Godoy, el Príncipe de la Paz –obsérvese lo blasfemo del tal personaje, capaz de tomar tal nombre en vano– nació en Badajoz en 1768. Extremadura,

que otrora fue capaz de dar a a luz a Pizarro y a Cortés, capaces de conquistar mundos, ahora, ¡qué decadencia!, se ha convertido en la cuna de un Imaz, que perdió su capital, y de un Godoy, que trujamaneó su reino: a cuya fiebre de avaricia y afán de malbaratar, *alieni appetens et sui profusus*, debe España el empobrecimiento de sus hospitales y sus instituciones de beneficencia, cuyos fondos confiscó Godoy, dándoles a cambio valores del gobierno, que, a fin de cuentas, resultaron valer como un *assignat* francés. Nadie salió ganando de estas aventuras, como no fuera los tiburones de la Corte, mientras los enfermos y los huérfanos quedaban despojados de todo. Godoy, como una sucia bestia de presa, estaba siempre pidiendo, siempre zampando y, pesar de todo, siempre escuálido, necesitado, hambriento; saqueó sin escrúpulos, y gastó sin beneficio.

A esta pérdida de valiosas instituciones en España, Godoy añadió la de la armada y las colonias ultramarinas de su patria. Foy (II, 248) ha diseñado admirablemente a este peligroso valido, pues nada hay tan peligroso como un tonto. Godoy fue el representante más perfecto del corrompido sistema que era el desgobierno de Madrid, la úlcera visible, como si dijéramos, que denuncia la plaga; pues cuando reina un rey déspota es la Du Barry quien gobierna, y cuando quien manda es una reina déspota el verdadero gobernante es Godoy. Godoy tuvo la rara fortuna de ser amado por la reina y reverenciado por Carlos IV, de modo que fue al tiempo amante de la esposa y favorito del marido. Los supersticiosos españoles creían que esto se debía a brujería. El rey delegó en él su poder y su prestigio, en un país donde, a semejanza de un sultán, el rey lo es todo. El gran visir remedaba el orgullo que nace con la alta cuna, y los adulones heraldos, como estaban bien pagados, no tardaron en derivar su apellido del ilustre godo: así, Godoy, como quien dice “godo soy”: *Nobilitant me, orti gothorum ex sanguine reges*. El poder apenas hizo otra cosa que incrementar sus debilidades y su incapacidad; y Bonaparte, adulando la vanidad de tal advenedizo, le convirtió en su instrumento, usándole para llevar a cabo sus designios. Después de treinta y seis años de largo exilio y oscuridad, Godoy fue llamado a Madrid en 1844 por la reina Cristina, viuda de Fernando VII, cuyo más amargo enemigo había sido, llegando incluso a ansiar su muerte y su trono. Este Godoy escribió sus memorias, que, traducidas al francés por D’Esmenard, se publicaron en París por el editor Lavocat en cinco tomos.

El escudo de Badajoz muestra los pilares de Hércules, y su lema es *Plus Ultra*. Este allende o más allá que allí se proclama está todavía por cumplirse: en el escudo puede muy bien ser que se refiera concretamente a Portugal, el *angulus iste* de la ambición española; y la falta de este redondeo fronterizo le supone a España una auténtica fuente de amargura, ya que la posesión de Portugal habría sido para ella más que la de Italia o los Países Bajos; ahora, en lugar de serle un

contrafuerte, no es más que una auténtica espina en su costado, amén de una frontera vulnerable en extremo. Felipe II sabía esto perfectamente, y cayó sobre su presa, pero fue solamente para que su nieto, Felipe IV la perdiera, cuando el coloso de pies de barro que era España se tambaleaba ya rápidamente, para acabar cayendo.